

La Vida
es Linda

La Vida es Linda

Linda Guacharaca





*A mi mamá:
por darme otra oportunidad.*



DE COLOMBIA AL CAMINO DE
SANTIAGO DE COMPOSTELA

CONTENIDO

Parte 1	10
VILLAVICENCIO-BOGOTÁ	
Parte 2	108
BARCELONA-VALENCIA	
Parte 3	150
BOGOTÁ-EL BANCO-CARTAGENA-IBAGUÉ	
Parte 4	210
MADRID-SEGOVIA-BAYONA	
MI PERROGRAFÍA EN IMÁGENES	237

Dorra La Vieja - LUANDA -
S Aires - EREVÁN - CANBERN
- DACA - MANAMA - BRIDGE
MINSK - NAIPYIDÓ - SUCRE - S
ar seri BEGAWAN - SOFÍA -
aia - **BOGOTÁ** - YAUNDE - C
- PEKÍN - NICOSIA - ROMA - A
EÚL - **VILLAVICENCIO** - SAN J
NHAGUE - ROSEAU - QUITO -

Parte 1



EL *BIG BANG*

Mi nombre es Linda, Linda Guacharaca.

Hubo un tiempo en el que mi aparición provocaba espanto, aversión y lágrimas en los ciudadanos bogotanos con los que nos cruzábamos, empezando por Marcela, la primera persona que me vio fuera de la gasolinera aquella prodigiosa noche de febrero que cambió el rumbo de mi vida para siempre.

—¿¿¿Qué haces en el baúl del carro??? —preguntó esa misma persona a su amiga, que viajaba encogida a mi lado.

—Acabo de recoger una perrita.

—¡Ay, tan tierna! Está asustada. —Y ya, reparando completamente en mí, alumbrada tenuemente por las luces de la vía Villavicencio-Bogotá:

—Pero... ¡Qué horror! ¡¡¡Qué perra tan fea!!!

Pese a que, en aquel momento, yo era un saco de huesos deforme y lleno de mugre, pulgas y garrapatas, la chica junto a mí sonrió, acariciándome la cabeza:

—No, no es fea... Es «Linda».

Y de ahí viene mi nombre.

Nunca he ladrado públicamente dónde nací ni de dónde provengo, no tanto porque quiera hacerme la interesante o llevarme el secreto a mi tumba, sino porque apenas tengo memorias cachorriles. Lo que sí recuerdo a la perfección es que no superaba la tierna edad de un año cuando me arrolló uno de esos objetos rodantes que hacen mucho ruido, despiden gases nauseabundos y tienen luces blancas por un lado y rojas por otro, quebrándome la cadera y las patas traseras en siete pedazos.

Tras el accidente me dejaron en una esquina de la gasolinera que, entonces, era mi hogar, esperando a que muriera de hambre. Inmóvil, con los huesos rotos, no podía competir con los otros perros por las sobras de comida que a veces nos arrojaban. Cuando, pasadas muchas semanas, fui capaz de arrastrarme, se ponían muy bravos al verme aparecer. Ladraban, gruñían y atacaban si me aproximaba más de la cuenta... Sólo cuando comencé a oler de una manera especial y a dejar manchas sanguinolentas en el piso me convertí en el centro de atención: todos los machos del Meta, e incluso los de los departamentos vecinos, se arremolinaban día y noche en torno a mi cadera rota, y me producían dolores tremebundos cuando me ponían las patas encima.

Desde entonces, les cogí fastidio a las aglomeraciones.

Los expertos aseguran que no debía superar la tierna edad de doce meses aunque, si te fijas en mi barba canosa y en mi espalda ya torcida desde entonces, podrías pensar que tengo más años que un abuelo muy famoso llamado Matusalén.

Esa noche me encontraba echada, como siempre, en una esquina a oscuras, alejada del resto de perros, para no meterme en líos. Era uno de esos días extraordinarios en los que muchos objetos rodantes se detenían frente al sencillo restaurante aledaño. Entonces los olí: la clásica pareja de humanos hambrientos, aunque ni de lejos tanto como yo. Ella era delgada, de pelo corto y negro; el pelaje del chico era rubio y crespo. Charlaban y reían animadamente mientras desaparecían en el interior del local. Dadas las horas —hacía rato que el cartel luminoso se había apagado—, parecían ser de aquellos que apuraban el fin de semana hasta el final. Al poco tiempo la chica salió, seguramente con intención de estirar las patas antes de seguir su camino y alejarse de mi olfato para siempre. Esto en sí no tenía nada de especial... Lo que sí era realmente especial es que llevara un enorme hueso en la mano. Por eso, cuando rebasó el radio de acción de mis compañeros, aproveché una de mis escasísimas oportunidades de echarme algo al hocico y, haciendo un esfuerzo sobreperruno, me arrojé sobre ella para arrancárselo...

Te puedes imaginar el susto que le di.

Pasada la —no tan buena— impresión inicial, me observó como quien se encuentra frente a una aparición. Se inclinó sobre mí, me acarició el lomo y notó cómo mis vértebras casi rasgaban la piel. Posó su mano sobre las costillas y el pecho, por donde se colaron sus dedos, y sentí cómo se estremecía...

Regresó donde momentos antes había estado comiendo. Segundos más tarde volvió a mi lado con la mayor cantidad de alimentos que había visto desde el *Big Bang*... o incluso desde antes: todos los restos de sus «corrientazos». Apartando suave pero firme-

mente a los otros perros, me los ofreció. Yo no tenía ojos más que para ese plato y, de pura ansia, me golpeé contra él y di cuenta del contenido en milésimas de segundo. A continuación lamí el suelo, hasta lastimarme la lengua, donde antes habían caído unos granos de arroz.

Su amigo, que respondía al nombre de Steven, la encontró, junto a una hilera de tractomulas, ensayando estrategias para que me parara.

Me llamaba, pero a mí me daba miedo, porque los humanos ya me habían pegado muchas veces y, además, apenas recordaba lo que era caminar. Solo conseguía arrastrarme unos centímetros con el rabo entre las patas y me quedaba inmóvil sobre el asfalto cuando se acercaba.

—Está coja —constató él—, no puede ponerse en pie.

Aunque se trataba de una obviedad para quien tuviera dos ojos en la cara, el chico intentaba llamar la atención sobre una circunstancia en la que, quizás con el impacto de mi visión, la humana hembra no había reparado: si no podía caminar, difícilmente podría acompañarla hasta el fin del mundo. O hasta la vuelta de la esquina.

Ella me miraba fijamente. Nadie lo había hecho nunca de ese modo. Tras preguntarle su opinión, ya que, en definitiva, parecía tratarse del propietario de aquel objeto de acero rodante y ruidoso en el que llegaron, desapareció de nuevo en el interior del local para interrogar a la dueña. Yo, la verdad, no entendí qué significaba eso de «llevarse a la perra»... La señora tampoco entendió que quisiera llevarse un animal en un estado tan deplorable:

—Allá usted, sumercé, la perrita no es de nadie, la machuca-ron bien feo hace unos meses y ya tuvo su primer celo.

Con esa montaña de información, la que estaba a punto de convertirse en mi mamá volvió al lado de Steven y me llamó:

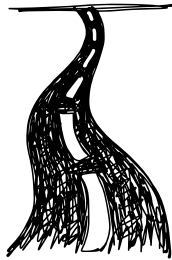
—Gordi, ven, gordita. Ella es muy amiga de los eufemismos.

En ese momento recordó la frase de una revista sobre el mundo animal que había ojeado en la sala de espera de algún odontólogo tiempo atrás, una vez que hubo acabado con los números de la *Jet Set*. «Cuando te encuentres en el criadero con toda la camada elige aquel que se ve saludable, despierto y se dirija hacia ti seguro y moviendo la cola cuando lo llares», decía.

Yo, que desconocía el contenido de este y otros artículos similares, en esta ocasión tampoco fui. Más bien al contrario, me escondí como pude dentro del restaurante.

La dueña, en un destello de ternura y solidaridad animal, y viendo una oportunidad para mí, le regaló otro huesito. De esta forma seguí a la chica muy asustada hasta las inmediaciones del «carro». Ahí fue donde me agarró. En un rápido y sorpresivo movimiento me alzó y se metió conmigo en la parte de atrás.

Lloré, me rebullí e intenté escaparme. Cuando el vehículo comenzó a rugir y a moverse, me mantuvo abrazada mientras me acariciaba y me hablaba suavemente. Por último, a la vista de que no tenía escapatoria, me eché junto a ella, con las orejas gachas y el semblante perruno más serio y taciturno que se ha visto desde Villavo hasta la frontera con Venezuela, mientras rodaba hacia una nueva vida, un nuevo destino.



LOBa CaPITALINA

A sí fue como de pasar mis días en un espacio asfaltado de apenas un par de metros cuadrados, llegué a convertirme en ciudadina o, para que me entiendas bien, en habitante de una de las metrópolis más grandes del mundo, que además es la capital de mi país.

Bogotá quedaba muuuuuuuuuuy lejos... Durante el viaje eterno, de más de dos horas, fui lanzando ventosidades a diestra y siniestra, tan apestosas y frecuentes que mi compañera en el baúl, que las vivía en primera línea, estaba perpleja.

—Es normal —decía el chico, sonriendo por el espejo retrovisor—, ¿es que tú no te tiras pedos?

—Sí... ¡¡¡Pero no tantos!!! —exclamaba ella, temiendo quedarse calva por una sobredosis de gas metano.

No lo hice por vengarme, pero lo cierto es que yo no pedí que me sacaran de mi hábitat natural, rodeada de carros, camiones y suciedad, para soltarme en medio de la ciudad, en concreto frente

al supermercado Carulla, en la Séptima con 63, abierto las veinticuatro horas.

¿Y para qué te llevaron allá?, te preguntarás completamente erizado.

Como, hasta que aparecí, ambos tenían la típica nevera de soltero, ninguno guardaba en casa comida adecuada para un carnívoro famélico. Y él insistía en que necesitaban comprar una «correa» que solo encontrarían en ese lugar, ya que eran las dos de la madrugada.

En la puerta del establecimiento entablaron conversación con un señor que estaba tan sucio como yo y cuya ropa olía delicioso. Lo acompañaba su perrito viejito y crespito —él sí era negro de verdad—. Muy conmovido por mi aspecto, se dirigió al carrito donde guardaba todas sus pertenencias para extender su botiquín, consistente en varias botellas sin etiquetas, ante nosotros. La chica accedió distraídamente al tratamiento *dizque* con desparasitante para perros. Acto seguido desapareció entre interminables hileras de coloridos paquetes y frascos sin olor.

Mi improvisado doctor de la calle me abrió la boca con firmeza y le pidió a su ayudante que me echara un poquito... —glup, glup— A Steven se le regaron tres cuartos del contenido dentro de mis fauces y el señor, haciendo caso omiso a sus gritos, me cerró el hocico y lo sujetó hasta que me lo tragué todo y, además, me relamí.

No sé qué me miras así. ¿No ves que tenía mucha hambre?

La entrada en el conjunto residencial San Diego del barrio La Macarena, la última estación de nuestro espeluznante paseo

nocturno, me aterrorizó: luces deslumbrantes reflejándose en el piso resbaloso; la caja que se cerró ante mi hocico y que nos arrastró hacia arriba, agitándose igual que el carro, al apretar un botón; voces, unidas a miradas de asombro e incredulidad de los porteros, al ver a la nueva acompañante de la novísima inquilina del edificio.

Por eso no te extrañe que, en cuanto puse mis temblorosas patas en el «apartamento» de dos alturas con cocina americana, balconcito y una espectacular vista de Bogotá iluminada, me escondiera debajo de aquello que llamaban «sofá», y no quisiera salir ni con una loncha de jamón delante. Pasé la noche en ese rincón sin moverme mientras la humana sufría un ataque de ansiedad en la alcoba del piso de arriba por lo que acababa de hacer: meter a una perrita desconocida, desconfiada, asustada, desnutrida, imposibilitada para moverse y de un tamaño bastante mayor de lo que parecía al aire libre, en su espacio... Y en su vida.

Desde niña había fantaseado con la idea de tener un cuadrúpedo, un compañero inseparable que la acompañara en todas sus aventuras. Incluso en la edad adulta se descubría a veces soñando con hacer el Camino de Santiago, una peregrinación muy famosa en su país, llamado España, en compañía canina. Sin embargo, era demasiado lo que la alejaba de las escenas de los libros favoritos de su infancia. Había elegido una vida nómada. La soledad garantizaba su libertad para irse a donde quisiera cuando quisiera. En circunstancias normales, nunca hubiera asumido el compromiso hacerse cargo de uno de mis congéneres y no le parecía de recibo conseguirse uno prestado para hacer el Camino. Tampoco se

lo hubieran entregado en ninguna protectora: sola, sin experiencia con perros y con la vida menos rutinaria de la tierra. Una auténtica irresponsabilidad.

Desde su cama, trató de contactar a su amigo para sentir apoyo en ese momento de angustia intensa previo a caer rendida. Tras un par de intentos fallidos apagó el celular entregándose a un sueño reparador, si bien liviano, ya que andaba pendiente de mí en el piso de abajo. Él no olió las llamadas perdidas hasta que llegó a su guarida. Todavía tenía vívida en su cerebro la escena que habíamos protagonizado poco antes en la puerta del almacén, por lo que pensó que ella llamaba, presa del pánico, porque yo había muerto intoxicada o estaba convulsionando. El chico se pasó el resto de la noche surfando en internet, leyendo sobre los efectos de una sobredosis de purgante.

Como soy una auténtica superviviente, una vez más superé aquella prueba del destino, si bien ella pasó semanas sorprendida y haciendo cábalas acerca del inusitado color blanquecino y la textura pastosa de mi popó...



¿ESTADO CIVIL? ADOPTADA

Ya no me quedaba más remedio que moverme... ¡¡¡Me estaba orinando!!!

Tímidamente me arrastré desde detrás del sofá de tela verde, apreciable a la incipiente luz del día, y comencé a dar vueltas de reconocimiento por la sala. La chica escuchó el suave ruido de mis uñas contra el piso y saltó de la cama. Buscó la famosa «correa» entre todos los cachivaches que tenía regados por el piso mientras yo hacía tremendo charco en una esquina: la naturaleza perruna tiene un límite. A continuación me sacó lo más deprisa posible de la casa, por si continuaba el espectáculo escatológico.

Eran las seis de la mañana y la primera vez que paseábamos juntas por Bogotá. Aunque no vayas a creer que nuestra estampa se correspondía con la que todo el mundo tiene en la cabeza: humano con bolsita de plástico, en una mano, y perro que trota ufano a su lado moviendo la cola, en la otra. Más bien éramos una joven atribulada acompañada por un esqueleto que se arrastraba

pegado a las paredes y que temblaba, buscando refugio entre sus piernas, al paso de algún taxista madrugador.

Tardamos más de una hora en recorrer cuatro cuadras, ya que yo me echaba al piso cada pocos pasos... Tampoco teníamos prisa, la puerta sobre la que oscilaba el letrero de «Veterinaria» demoraba todavía mucho en abrir, de modo que esperamos dos horas más sentadas en el andén, disfrutando del sol en el hocico y del bullicio propio del barrio de La Perseverancia.

No lo vas a creer pero, apenas puse mis patas en la ciudad, comencé a hacerme famosa. Todo el que pasaba se interesaba por mi historia. Los humanos sin techo, como yo, exclamaban, admirados:

—Tan fea y tan flacucha... ¡Pero te quieren!

El «veterinario» me subió a una plataforma plateada y fría y, a medida que fue auscultándome y hablando, a mi acompañante se le hicieron los ojos más grandes y el corazón más pequeño, hasta el punto que tuvo que respirar hondo varias veces para no romper a llorar.

—Cualquiera entendería que no quisiera hacerse cargo de un animal en estas condiciones. Puede salir del problema tan rápido como entró con una rápida inyección... y ella no sufriría.

¿Tú crees que le lancé una mirada suplicante y lastimera, con el fin de disuadirla, al escuchar aquello? Pues no. Mantuve la vista fija en el piso, como siempre que me miraba un humano, mientras intentaba bajar de ese lugar tan incómodo y esconderme.

La idea cruzó por su cerebro, en medio de una fuerte sensación de irrealidad. Entonces, el mismo impulso que le llevó a meterme